

Caritas in Veritate: **Una Visión Ética de la Economía**

Autor: *Raúl González Fabre, SJ*

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Universidad Pontificia Comillas

Resumen

Caritas in Veritate, la recientemente publicada encíclica social de Benedicto XVI, supone no sólo una actualización sino también un paso adelante en la tradición del pensamiento católico en materia económica. Asumiendo la sociedad económica como irreversiblemente global, el Papa ofrece un marco conceptual ético y una visión dinámica y plural de la estructuración económica, que abren caminos para la acción por el desarrollo humano integral desde el nivel de los agentes hasta las instancias más altas y complejas de agregación social. Intentamos aquí presentar las claves de su comprensión de la actividad económica como parte de la vida moral humana, y la visión de la sociedad económica posible que deriva de esas claves.

Palabras clave: economía, ética, pensamiento social católico, mercado, Estado, tercer sector, amor, reciprocidad, justicia, bien común.

Abstract

Caritas in Veritate, the most recent encyclical letter of Benedict XVI, is not only an update but also a step forward in the tradition of Catholic thought about the economy. Understanding the economic society as definitely global, the Pope offers an ethical framework and a dynamic and plural vision of the economic structures. This paves the way for action in favour of an integral human development, from the level of the agents to the highest and most complex levels of social aggregation. Here we attempt to present the keys of the Pope's understanding of economic activity as part of human moral life, and the vision of the attainable economic society that follows from those keys.

Key words: economy, economics, ethics, Catholic social thought, market, State, third sector, love, reciprocity, justice, common good.

Recibido: 30.04.2010

Aceptado: 10.05.2010

I. Introducción

La última encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, firmada el 29 de junio de 2009, fue presentada una semana después en Roma. Entre las tres personas que realizaron la presentación pública se encontraba Stefano Zamagni, profesor de Economía Política en la Universidad de Bolonia y en la John Hopkins, y uno de los (no muchos) economistas reconocidos en la primera línea de desarrollo teórico de la disciplina que escribe explícitamente como católico.

El tema general de la encíclica es el desarrollo humano integral en la sociedad globalizada. La presencia de Zamagni en el panel oficial vaticano de presentación de la encíclica era más que un mero testimonio de la preocupación de Benedicto XVI por los aspectos económicos del desarrollo. Las ideas del economista de Bolonia y de otros autores de la escuela italiana de la Economía Civil pueden encontrarse en la visión de la vida económica que ofrece la encíclica.

Tras una sucinta presentación de conjunto del texto pontificio, este artículo consta de dos partes. En la primera, ponemos de relieve algunas claves de la concepción de la actividad económica como parte de la existencia moral de las personas y las sociedades, que Benedicto XVI sostiene en continuidad con la Tradición de la Iglesia. En la segunda, recontamos los elementos fundamentales de la visión de la economía contemporánea que resulta de esa concepción moral. Ello nos permite concluir que el Papa llama a la superación de algunas de las líneas de fractura más importantes que la modernidad ha introducido tanto en el pensamiento como en las prácticas económicas contemporáneas.

Caritas in Veritate ofrece indicaciones, de extensión y profundidad variables, acerca de la visión y la posición católicas sobre una gran cantidad de problemas contemporáneos relacionados con la economía. En vez de recontarlas todas, nos concentraremos en aquellos aspectos que, a nuestro juicio, mejor permiten comprender la idea de Benedicto XVI sobre la estructura y la dinámica de una economía globalizada puesta al servicio del desarrollo humano.

II. La estructura de *Caritas in Veritate*

La encíclica que nos ocupa es propuesta como una conmemoración del cuadragésimo aniversario de *Populorum Progressio* (1967), un texto de Paulo VI que tuvo gran impacto en la Iglesia inmediatamente posterior al Concilio Vaticano II. *Populorum Progressio* estaba centrada en el tema del desarrollo humano, que Benedicto XVI retoma a su vez.

Caritas in Veritate viene estructurada en una introducción, seis capítulos y una conclusión. La introducción contiene las claves filosófico-teológicas de la lectura de la realidad social contenida en el resto de la encíclica. Esas claves son las dos nombradas en el título: (i) la caridad o amor, declarado como principio de la realización humana en sociedad, y entendido no como sentimiento subjetivo sino como voluntad de ocuparse objetivamente del bien del otro del otro; y (ii) la verdad, cuya búsqueda por la escucha de la Revelación y por el diálogo con los demás nos orienta respecto al bien auténtico de la persona humana con el que debemos comprometernos en el amor.

El primer y el segundo capítulo tienen por referencia inmediata a *Populorum Progressio*. El primero recuenta los puntos más notables de la concepción del desarrollo humano propuesta por Paulo VI en 1967, y las concreciones que ese Papa encontró como más relevantes. El segundo capítulo examina algunos desarrollos históricos posteriores, actualizando para ellos el mensaje de *Populorum Progressio*. Mientras Paulo VI había prestado gran atención a las dinámicas internacionales, Benedicto XVI asume explícitamente el desafío de la globalización, conjunto de fenómenos de un grado superior de complejidad.

Los capítulos restantes consideran el problema del desarrollo humano desde diversas perspectivas: la dimensión ética de la economía (cap. 3); los derechos y deberes relacionados con el desarrollo y el respeto del medio ambiente (cap. 4); la colaboración humana a escala global (cap. 5); y la relación entre el desarrollo y la técnica (cap. 6). Como se trata del mismo tema central tratado desde diferentes puntos de vista, no faltan algunas repeticiones. Pero también se introducen en cada capítulo algunas claves filosóficas y teológicas que sustentan los diversos análisis y propuestas de la encíclica. Sobre todo ello volveremos en los siguientes epígrafes, no tanto para resumir el texto como para intentar reconstruir su visión de fondo de la vida económica.

Caritas in Veritate termina con una conclusión de estilo nítidamente pastoral, dirigida sobre todo a los católicos para enfatizar la conexión entre la fe y la visión

moral ofrecida en los capítulos anteriores, y para llamarles a vivir su compromiso social como una experiencia explícitamente espiritual.

III. Una concepción moral de la economía

La encíclica comprende a la vida económica como parte de la existencia moral humana. Esto, que forma parte consistente de la tradición ética cristiana, podría parecer obvio. Al fin y al cabo, la dimensión moral incluye los aspectos de nuestra existencia que nos cabe definir de manera consciente y libre, por tanto intencional. Las decisiones económicas suelen presentar esas tres características, así que nada más lógico que considerarlas dentro de la vida moral. Así era corriente en los comienzos de la ciencia económica moderna, cuando se clasificaba a ésta sin duda entre las ciencias morales, y así lo hace *Caritas in Veritate* en los diferentes niveles de agregación social de los que se ocupa: el personal, el organizacional, el societal y el global.

La economía se sitúa entonces al alcance de las preguntas cruciales de la ética: ¿qué estamos haciendo de nosotros mismos, de los demás y del mundo, con nuestras decisiones económicas conscientes, intencionales y libres? ¿qué debemos hacer? ¿qué queremos hacer? La concepción cristiana de la vida económica acepta que esas preguntas son pertinentes y están abiertas tanto para las personas como para las organizaciones, las sociedades y la humanidad en su conjunto. Como preguntas abiertas, puede y debe buscárseles respuestas verdaderas.

La concepción cristiana se separa en un punto crucial de las visiones sobre la economía predominantes en la modernidad. Para éstas últimas, la pregunta ética no está abierta, o apenas lo está, en el nivel personal, puesto que cada agente económico (y luego las agrupaciones más o menos coherentes de ellos, tales como las empresas, las naciones o las clases sociales) es concebido como un procurador tan consistente como sabe y puede de su 'propio interés', el cual a su vez se define en términos de satisfacción de sus preferencias sobre conjuntos de bienes bajo su propiedad, control o disfrute.

Esta idea moderna del agente económico se postula derivada de la naturaleza humana, entendida al modo ilustrado, de forma que podrá haber excepciones ocasionales pero estamos del lado seguro suponiendo que el agente promedio actúa como un maximizador consistente de su propia utilidad o beneficio¹. La cuestión de qué queremos hacer de nosotros mismos deja entonces de plantearse porque ya tiene una respuesta 'natural', o, como se dice últimamente, 'racional': todos queremos maximizar nuestro propio interés. Otro asunto será cómo entendamos ese interés, y cuán

¹ Esta apreciación puede confirmarse en cualquier manual de Microeconomía Intermedia de uso universitario, si se atiende a los supuestos, más o menos explícitos, sobre las opciones entre las que elige el agente económico en los diversos modelos.

eficaces seamos en procurarlo, dadas las limitaciones personales de información disponible y capacidad de procesamiento de esa información.

La concepción moderna de la economía permite, sin embargo, plantearse las grandes cuestiones éticas que mencionamos arriba respecto a las sociedades. Sólo que, al haberlas poco menos que cerrado al nivel de los agentes, cualesquiera conclusiones sobre las sociedades que deseemos o debamos construir, habrán de realizarse por medio de constricciones exteriores sobre los maximizadores impenitentes del propio interés que somos los agentes económicos. Esas constricciones pueden ser impuestas 'por las malas', con la amenaza del poder político a través del sistema legal, o bien 'por las buenas', procurando alinear las recompensas individuales con los intereses sociales. El palo o la zanahoria, en resumidas cuentas, pero siempre aplicados sobre un burro que reacciona cuasi-mecánicamente a ellos.

Se plantea entonces a la modernidad el problema teórico de por qué razón el maximizador de su propio interés individual debería empeñarse en producir y sostener consistentemente el sistema de incentivos necesario para realizar un proyecto moral colectivo. Se trata, al fin, del mismo sujeto al que no se supone más proyecto moral sobre sí mismo que maximizar una función monotónica de los bienes que posee o consume. En su función de utilidad no aparece la calidad moral de las relaciones económicas que entabla para alcanzar esos bienes, sino que los mínimos al respecto deben serle impuestos desde afuera. ¿Por qué habría de preocuparle a ese sujeto la calidad moral de las relaciones y las estructuras macrosociales?

Caritas in Veritate sostiene una visión de la economía que supone a los agentes económicos como sujetos morales de principio a fin, en cada nivel de agregación desde el individuo hasta la sociedad económica global. Y puesto que lo son, deben plantearse honestamente las preguntas de la ética que mencionamos arriba, buscando darles una respuesta verdadera tanto en la teoría como en la práctica.

Esto implica que *Caritas in Veritate* debe situarse en oposición a visiones modernas y contemporáneas de gran peso en la comprensión de la vida económica. Para empezar, todas aquellas que consideran la cuestión económica o alguno de sus aspectos centrales como un problema técnico que vendrá a resolverse con el progreso de la ciencia y la tecnología, en vez de un problema moral que depende de decisiones humanas sobre lo que queremos hacer de nosotros mismos, de los demás y del mundo que compartimos todos.

Por otra parte, si las cuestiones centrales de la economía poseen un significado moral importante, habrá que descartar también que puedan dejarse enteramente a mecanismos impersonales de coordinación en que nadie se ocupa del bien del conjunto, sino que éste emerge inintencionalmente de agentes ocupados cada uno en la persecución de su propio interés.

Frente a ambas aproximaciones, que Benedicto XVI reúne bajo la etiqueta de 'tecnocráticas' (CV, 14, 70ss), el Papa enfatiza el papel de la conciencia moral humana en decidir qué mundo queremos y de la voluntad en hacer las opciones necesarias

para construirlo. Así, al tratar del cuidado del medio ambiente, nos indica: “*Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad.*” (CV, 51) Tanto la tecnología como el mercado libre u otros arreglos basados en incentivos económicos constituyen instrumentos, no sustitutos de la conciencia moral humana. Ambos deben ser situados dentro de un proyecto moral de sociedad, del que reciben su razón de ser, la institucionalidad que los hace posibles, y las limitaciones que aseguran que no se vuelvan contra la misma sociedad que los alberga.

Podría pensarse que el rechazo de las visiones ‘tecnocráticas’ conduciría a la encíclica a una visión netamente ‘socialista’, en el sentido de proponer una sociedad económica de diseño central, para ser realizada por medios políticos. Sin embargo, Benedicto XVI rechaza también esa idea, precisamente por cuanto ella supone reemplazar la opción y la responsabilidad moral de las personas por constricciones políticas externas. (CV, 11)

Su aproximación a la economía es entonces fundamentalmente ética: los agentes económicos, en cada nivel de agregación, deben conservar su libertad y al mismo tiempo comprometerse voluntariamente, desde su diversidad de posiciones, posibilidades y vocaciones, con un proyecto humanizador de conjunto (CV, 7). La economía que propone *Caritas in Veritate* es libre y diversa, y sin embargo alberga un proyecto moral de conjunto que se va realizando en la compleja combinación de acciones descentralizadas de los agentes particulares y acciones centralizadas de gobierno.

Pero, ¿de qué proyecto de conjunto se trata? Veamos a continuación algunos de sus elementos.

IV. ¿Cuál verdad, cuál humanidad?

Siguiendo el lenguaje de *Populorum Progressio*, Benedicto XVI utiliza la palabra clave ‘desarrollo’ para denotar el objetivo al que apunta la búsqueda ética que nos propone para la vida económica. Como en la encíclica de Paulo VI, se trata en *Caritas in Veritate* de un desarrollo integral, que comprende a todas las personas y a todas las dimensiones de la persona.

Ese concepto católico de desarrollo engrana bien con la definición general que viene sosteniéndose en Occidente desde la segunda mitad del siglo XX: “*ante todo el objetivo de que los pueblos salieran del hambre, la miseria, las enfermedades endémicas y el analfabetismo. Desde el punto de vista económico, eso significaba su participación activa y en condiciones de igualdad en el proceso económico internacional; desde el punto de vista social, su evolución hacia sociedades solidarias y con buen nivel de formación; desde el punto de vista político, la consolidación de regímenes democráticos capaces de asegurar libertad y paz.*” (CV, 21).

Pero, además, Benedicto XVI incluye en el desarrollo las dimensiones afectivo-familiar y espiritual-religiosa, que en la cultura occidental contemporánea algunas

corrientes de pensamiento quieren relegar a la esfera de la vida privada. Ese intento, como enfatiza *Caritas in Veritate*, falla por el hecho incontrovertible de que tanto lo familiar como lo religioso podrán incluir opciones personales pero tienen siempre importantes consecuencias sociales. (CV, 28, 55)

El objetivo de la estructuración social es pues el bien integral de cada persona humana, su desarrollo. Ello implica un concepto de 'naturaleza humana' distinto al sentido ilustrado de la expresión en la economía clásica y neoclásica. Si en la antropología económica estándar 'naturaleza' debe entenderse a partir de las tendencias comunes a todas las personas, tomadas en promedio, y en ese sentido se trata de una naturaleza más bien estática, la idea de desarrollo integral remite a un dinamismo: la tensión desde lo que de hecho somos a lo mayor y lo mejor que podemos llegar a ser, de nuevo en cada dimensión de la existencia y en cada nivel de agregación social.

La correspondiente búsqueda de la verdad sobre la persona humana no consiste así sólo en un asunto descriptivo acerca de cómo actúan las personas regularmente, o acerca de qué funcionamiento sistémico se sigue de la composición social de esos modos de actuar individuales. Incluye también una indagación sobre las mejores posibilidades abiertas tanto a la persona como a la sociedad, y sobre los procesos que pueden idearse para llegar del estado de cosas presente a uno más deseable, en que las personas y la sociedad lleguen a desplegar su potencial completo.

En último término, el descubrimiento de la verdad sobre nuestro mejor ser posible resulta, como nuestro ser mismo, de un don, no de una hazaña prometeica: "*La persona humana tiende por naturaleza a su propio desarrollo. Éste no está garantizado por una serie de mecanismos naturales, sino que cada uno de nosotros es consciente de su capacidad de decidir libre y responsablemente. Tampoco se trata de un desarrollo a merced de nuestro capricho, ya que todos sabemos que somos un don y no el resultado de una autogeneración. Nuestra libertad está originariamente caracterizada por nuestro ser, con sus propias limitaciones. Ninguno da forma a la propia conciencia de manera arbitraria, sino que todos construyen su propio «yo» sobre la base de un «sí mismo» que nos ha sido dado. No sólo las demás personas se nos presentan como no disponibles, sino también nosotros para nosotros mismos*". (CV, 68)

Estos fundamentos permiten entender el sentido de una proposición clave de la encíclica que se encuentra al comienzo de la introducción: "*La caridad da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas*". (CV, 2)

El significado de esta afirmación se pone de manifiesto notando que la caridad, o amor, constituye un candidato improbable a ser declarado el principio empírico de las relaciones macrosociales. De hecho, cuando se trata de 'lo que es' los candidatos preferidos del pensamiento social contemporáneo son el propio interés y la reciprocidad del 'do-ut-des', mientras que cuando se trata de 'lo que debe ser' suele recurrirse a la justicia, emparentada con las dos anteriores.

El amor, como el mismo Benedicto XVI parece indicar en la cita de arriba, tiende a ser recluso por el pensamiento dominante a la esfera de las relaciones en que es posible un buen conocimiento personal entre los implicados. Esa esfera se encuentra en retroceso sostenido por causa de una serie de fenómenos asociados a la modernización, tales como la urbanización, la expansión de los mercados, la juridificación de las relaciones, o el boom de las comunicaciones de larga distancia, que hacen que cada vez tengan más peso en nuestras vidas las relaciones impersonales, y cada vez menos las propiamente interpersonales en que conocemos no sólo el rol social del otro sino también quién es él concretamente. Al final, el amor parece volverse asunto de la vida privada, mientras que la vida pública tiende a postularse como un sistema de coordinación de sujetos movidos por su propio interés, que intentan avanzar a través de relaciones recíprocas de diversos tipos, reguladas en el mejor de los casos por conceptos adecuados de justicia.

Al postular el amor como clave de las relaciones macrosociales, *Caritas in Veritate* nos está hablando no sólo de lo que empíricamente es, sino de lo mejor que podemos llegar a ser como sociedad. Aunque sin duda cabe encontrar señales de esa primacía del amor en las relaciones sociales actuales, el Papa marca no sólo un estado de cosas presente, que puede tomarse como punto de partida, sino también una posibilidad abierta, y un dinamismo que nos lleva de uno a la otra.

Antes de examinar cómo se concreta en las relaciones y estructuras económicas ese dinamismo del amor, es preciso fijar qué significa ‘amor’ o ‘caridad’ en la encíclica. La influencia cultural del romanticismo y los subjetivismos posteriores ha tendido a reducir el amor al territorio de los sentimientos. Benedicto XVI lo devuelve al de la voluntad: la caridad significa “*entrega, acogida y comunión*” (CV, 3), “*querer (el bien del otro) y trabajar eficazmente por él*” (CV, 7), “*ocuparse del otro y preocuparse por el otro*” (CV, 11). No se trata de un acontecimiento sentimental, sino de la voluntad que sigue a la verdad comprendida por la inteligencia sobre el valor de cada persona humana.

Esto nos devuelve al terreno epistemológico: “*Puesto que está llena de verdad, la caridad puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores, compartida y comunicada. En efecto, la verdad es «lógos» que crea «diá-logos» y, por tanto, comunicación y comunión. La verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas.*” (CV, 4) Es pues necesario un diálogo sobre los bienes adecuados a la persona y a la sociedad humanas, que guíe la acción colectiva en la construcción de un proyecto moral de sociedad.

Se entiende entonces el activo rechazo de Benedicto XVI al relativismo y a los escepticismos derivados. (CV, 26) Si, de entrada, cualquier visión sobre lo bueno para el hombre y la sociedad puede ser declarada tan verdadera como cualquier otra, sin aspirar a un juicio compartido sobre la verdad contenida en cada una, nos quedamos sin base para la acción compartida de construcción intencional de la sociedad.

Estaremos en el paraíso de los liberales, donde la dinámica social resulta ‘de la acción humana pero no de la intención humana’.

Como la indagación de la verdad va más allá de lo empíricamente verificable, de la naturaleza humana entendida en términos de regularidades observables, ha de incluir una escucha. Se trata de escuchar no sólo lo que tenemos para decirnos unos a otros, sino también lo que Dios tiene para decirnos sobre lo mejor que podemos llegar a ser. La cuestión del desarrollo no responde meramente a una tensión interna de la humanidad sino además a una vocación, una llamada de Dios que “*requiere una respuesta libre y responsable*” (CV, 17), esto es, una respuesta ética.

En Jesucristo, esa llamada nos propone explícitamente el amor como dinamismo último de la existencia humana, personal y social. Por ello, aludiendo al lema de los revolucionarios franceses, Benedicto XVI nos dice: “*La razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad. Ésta nace de una vocación trascendente de Dios Padre*”. (CV, 19)

A partir de esta comprensión del amor como principio de las relaciones macrosociales, Benedicto XVI puede resituar dos temas clásicos del pensamiento social católico: la justicia y el bien común. “*La justicia es la primera vía de la caridad o, como dijo Pablo VI, su «medida mínima», parte integrante de ese amor «con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18), al que nos exhorta el apóstol Juan. Por un lado, la caridad exige la justicia, el reconocimiento y el respeto de los legítimos derechos de las personas y los pueblos. Se ocupa de la construcción de la «ciudad del hombre» según el derecho y la justicia. Por otro, la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de la entrega y el perdón. La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión.*” (CV, 6).

Puesto que la Tradición católica ha solido utilizar la definición de justicia de Ulpiano como “la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su derecho”², es pertinente que Benedicto XVI discuta la idea de ‘derecho’ en CV, 43. Resalta dos puntos quizás contraculturales en el Occidente contemporáneo: la insistencia en la conexión entre derechos y deberes; y la referencia al bien propio del hombre, en último término a la naturaleza humana, como fuente de derechos y deberes, frente al convencionalismo positivista dominante. Ambos aspectos son recogidos en esta formulación sinóptica: “*los deberes refuerzan los derechos y reclaman que se los defiendan y promuevan como un compromiso al servicio del bien*”. (CV, 43)

Y, respecto al bien común el Papa nos dice: “*Es el bien de ese «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz. Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. (...) Es la vía*

² Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, IIa. IIae., q. 58, a. 1.

institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la pólis.” (CV, 7) Esta ‘vía política de la caridad’, que incluye de raíz las necesidades del otro y los deberes para con él, desafía a las teorías de la participación política basadas en antropologías o éticas individualistas: “*Compartir los deberes recíprocos moviliza mucho más que la mera reivindicación de derechos*”. (CV, 43)

Habiendo situado así la visión y la proposición central de la encíclica, podemos ahora ocuparnos de su propuesta sobre la vida económica. Recapitulando lo que acabamos de presentar, debemos esperar una propuesta ética que busque orientar las voluntades hacia el bien mayor adecuado a las personas y las sociedades, bien que se encuentra a través del diálogo entre las gentes de buena voluntad y de la escucha de la voz de Dios. Los hallazgos de ese proceso de búsqueda de la verdad animado por la caridad deberán expresarse en ideas, estructuras y propuestas económicas apuntadas a los diversos niveles de agregación social, puesto que en todos ellos los agentes económicos deben ser comprendidos como sujetos morales.

Una última palabra sobre la posición desde la que Benedicto XVI nos habla: Como ya había indicado Aristóteles³, la realización social de un proyecto moral requiere de educadores y legisladores. Ejerciendo su función magisterial, el Papa actúa en esta encíclica como educador que propone orientaciones generales, no programas concretos de acción, tanto a los agentes económicos como a los legisladores civiles: “*La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende «de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados».* No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación”. (CV, 9) En esa clave debe leerse lo que sigue.

V. El actual estado de cosas: hechos e ideas

Puesto que se ocupa de un proyecto moral para la vida económica, *Caritas in Veritate* discurre relacionando el terreno de los hechos y las propuestas económicas con el de las ideas y las motivaciones. Para evaluar ambos, y la conexión entre ellos, utiliza los principios más universales del pensamiento social de la Iglesia presentados a partir de la relación entre verdad y amor que hemos recontado parcial y sumariamente en los párrafos anteriores.

Una novedad de *Caritas in Veritate* respecto a *Populorum Progressio* estriba en que la sociedad económica de referencia es ya global. A finales de los años ‘60, cuando Paulo VI publicó su encíclica, la economía mundial podía comprenderse como una colección de economías nacionales (en proceso de primera constitución en muchas naciones recientemente descolonizadas) más o menos vinculadas por los intercam-

³ *Ética a Nicómaco*, libro X, cap. 9.

bios internacionales (que a su vez seguían en buena medida las divisorias geopolíticas de la Guerra Fría). No es así en este momento. Por el contrario, Benedicto XVI se encuentra ante una sociedad económica global donde los ámbitos nacionales permanecen pero han sido en buena medida rebasados por la movilidad del capital, las mercancías, las comunicaciones, la tecnología, los trabajadores... El Papa asume la novedad (CV, 33) y debe por tanto hablar tanto de lo que pasa adentro de las naciones como de los fenómenos económicos globales, y de la relación entre ambos niveles de agregación social. En sus palabras: “*En una sociedad en vías de globalización, el bien común y el esfuerzo por él, han de abarcar necesariamente a toda la familia humana, es decir, a la comunidad de los pueblos y naciones*”. (CV, 7)

Esta mirada sobre la situación y las dinámicas globales encuentra, junto con el desarrollo económico de muchos países que ha sacado a millones de personas de la pobreza, también una exacerbación de desequilibrios antiguos y nuevos. La encíclica abunda en referencias a aspectos disfuncionales de la economía global contemporánea, que no son descritos o analizados en detalle sino a menudo meramente indicados. Así, en CV, 22 se mencionan el incremento de las desigualdades, las nuevas pobreza, el consumismo derrochador frente a la miseria deshumanizadora, la extensión de la corrupción e ilegalidad, la violación de los derechos de los trabajadores, el desvío de las ayudas internacionales, la excesiva protección de los derechos de propiedad intelectual en los países ricos, y las culturas perpetuadoras de la pobreza en los países pobres. CV, 27 alude a la persistencia del hambre como resultado no de insuficiencias materiales sino institucionales, y CV, 33 a los problemas, ciertamente relacionados con el anterior, de la persistencia de los aranceles impuestos por los países desarrollados a los posibles productos de exportación del Tercer Mundo, el neocolonialismo, la dependencia y las graves irresponsabilidades internas en los países pobres.

En otros epígrafes de la encíclica, la mirada se detiene en el debilitamiento de los instrumentos políticos nacionales para generar cierta solidaridad al interior de los países, como consecuencia de la globalización de los mercados. En CV, 24 se menciona la limitación de la soberanía de los Estados y su poder político, y en CV, 25 el debilitamiento de los sistemas de previsión y protección social que promovían la justicia social; la deslocalización de la producción, la competencia entre los Estados por las inversiones, a través de una fiscalidad favorable al capital y de la desregulación laboral; la reducción de la seguridad social, con grave peligro para la solidaridad del Estado social; el aumento de la inseguridad y de la impotencia de la población ante los riesgos; el debilitamiento real y legal de los sindicatos, y los problemas humanos asociados al desempleo persistente y a la movilidad laboral internacional. En CV, 63 se insiste en la conexión entre pobreza y “*violación de la dignidad del trabajo humano, bien porque se limitan sus posibilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan «los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia»*”.

Una preocupación especial de Benedicto XVI se refiere al manejo de la cuestión demográfica, ligada a la económica desde los mismos principios como ciencia de la Economía Política clásica. En CV, 28 se muestra la preocupación del Papa por el respeto y la acogida de la vida, contra el que atentan las altas tasas de mortalidad infantil, el control demográfico que incluye la promoción e incluso la imposición de la contracepción y el aborto, la mentalidad y las legislaciones antinatalistas en los países desarrollados, las acciones de las ONGs que promueven el aborto y la esterilización, el condicionamiento de las ayudas al desarrollo a políticas sanitarias de control de la natalidad, o las presiones para el reconocimiento jurídico de la eutanasia.

Más parca es la recapitulación de preocupaciones sobre la cuestión medioambiental, que se concentra en la sobreexplotación de los recursos naturales, particularmente los energéticos (CV, 49), la extremadamente desigual distribución de su disponibilidad y uso, las externalidades masivas, y los riesgos para las futuras generaciones. (CV, 50)

Esta lista de hechos contemporáneos preocupantes desde el punto de vista del desarrollo humano integral vienen acompañados por ideas que los legitiman, o que dificultan construir la unidad de acción colectiva necesaria para corregirlos. Hemos mencionado arriba el relativismo con su escepticismo respecto a cualquier intento de llegar a verdades universalmente válidas sobre la persona y la sociedad, así que nos detendremos por un momento en lo que el Papa llama la ‘tecnificación’ de las cuestiones humanas y sociales.

Se trata de la pretensión positivista de que cada problema será resuelto por la combinación entre el progreso tecnológico en la capacidad humana de manipulación de la naturaleza, y la aplicación de la misma lógica de la tecno-ciencia natural al campo social. En la visión de Benedicto XVI esto acumula dos peligros relacionados: (i) el de no reconocer los límites de nuestro propio ser recibido y pretender recrearlo tecnológicamente incluso desde sus bases biológicas, y (ii) el de reducir la cuestión ética de la construcción social a una cuestión técnica de utilidad y eficiencia. De esta manera el terreno quedaría abierto tanto para cualquier intento prometeico de ingeniería social desde los grandes poderes como para una masiva desresponsabilización por las dinámicas globales. En ambos casos, la sociedad económica dejaría de ser un proyecto moral: *“El desarrollo nunca estará plenamente garantizado por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes de mercado o de políticas de carácter internacional. El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral.”* (CV, 71)

VI. La estructuración de la economía: propuestas

Por lo visto en los epígrafes anteriores, no parecerá raro que los objetivos de política económica que Benedicto XVI coloca en primera fila sean los distributivos, a los

que tradicionalmente se asigna mayor contenido moral: la contención de las desigualdades y el pleno empleo. Estos se correlacionan con la eficiencia económica por su impacto sobre ella, pero finalmente se justifican por su relación con la dignidad humana y la justicia. (CV, 32)

Benedicto XVI reconoce de manera explícita la complejidad de la economía contemporánea y no pretende reducirla ideológicamente. Por ello, aunque propone un proyecto moral para la vida económica —la realización de la caridad en ella, al menos como uno de sus principios— y sostiene las aproximaciones tradicionales de la doctrina social de la Iglesia a esa tarea —la justicia como medida mínima de la caridad, el bien común como superior al bien individual pero al mismo tiempo ordenado a él, y los principios de solidaridad y subsidiaridad— no cae en la tentación de buscar paraísos de una sola clave. Ese fue el intento de muchos marxistas con la propiedad social de los medios de producción, y de muchos liberales con la libertad de mercado: un solo giro de llave, y queda desbloqueado el proceso de construcción de una economía humanizada.

Hoy en día, tras haber contemplado los éxitos relativos y los fracasos últimos de variados marxismos, populismos y liberalismos, cada uno con sus contribuciones y con sus puntos de quiebre catastrófico, cunde cierta preferencia por los equilibrios prudenciales sobre las iluminaciones radicales, a la hora de proponer cambios en las instituciones económicas. *Caritas in Veritate* debe situarse en esa línea del pensamiento. No propone un rediseño revolucionario para la economía, sino que partiendo de los principios morales católicos indaga líneas de incidencia sobre las estructuras económicas existentes, buscando contribuciones y posibles zonas de menor resistencia al proyecto de realización de la caridad en la vida social.

Para comprender la forma en que Benedicto XVI hace esto, podemos mirar en dos direcciones perpendiculares: una transversal que relaciona a los diversos sectores de la economía, y otra longitudinal referida a los diversos niveles de agregación social, desde los agentes individuales hasta las instituciones de alcance global.

Las economías modernas han solido comprenderse a lo largo del siglo XX como formadas por dos sectores principales, el privado con fines de lucro y el sector público. A finales de siglo vino a añadirse un ‘tercer sector’ formado por organizaciones privadas con una cierta concepción de servicio público, cuyo foco no se encuentra en el lucro. Una correlación simplista pero fácil de comunicar distribuía los grandes objetivos políticos de la modernidad de manera que: el sector privado que opera a través de los mercados fuera el lugar de realización social de la libertad; el sector público que se expresa principalmente en la acción del Estado según la ley, fuera el lugar de realización social de la igualdad en la justicia; y el tercer sector fuera el lugar de realización social de la fraternidad y la gratuidad.

Caritas in Veritate es explícita en rechazar esa ‘distribución de funciones’ entre los sectores de la economía, que en cierta medida Juan Pablo II había reflejado en *Centesimus Annus*. (CV, 38) Particularmente, le preocupa que la iniciativa privada en

los mercados se sienta libre de responsabilidad por la realización social tanto de la igualdad como de la fraternidad.

El mercado se basa en la confianza recíproca entre los agentes que se coordinan en contratos. Para que los mercados florezcan es necesaria la justicia conmutativa que equilibra las ventajas de las partes en cada transacción, y cierto grado mínimo de justicia social, que hace a los contratantes iguales en la medida necesaria para que el contrato tenga interés para ambos. La justicia no resulta así externa a la producción y a los intercambios privados en los mercados, sino una calidad relacional que les conviene también, incluso si el lugar institucional más adecuado para el aseguramiento de la justicia social se encuentra fuera de los mercados. Al fin, se trata de evitar escisiones morales irreconciliables: *“separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios (...) La justicia afecta a todas las fases de la actividad económica, porque en todo momento tiene que ver con el hombre y con sus derechos”*. (CV, 36)

Y si eso dice el Papa respecto de la igualdad y la justicia, más sorprendente es el énfasis que pone al relacionar la iniciativa privada en los mercados con las condiciones de la fraternidad: *“La doctrina social de la Iglesia sostiene que se pueden vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o «después» de ella”* (CV, 36).

La realización institucional que Benedicto XVI propone para estas ideas es la de un mercado en que coexistan diversas formas y culturas empresariales, relacionadas de manera diferente con el beneficio, la solidaridad y la gratuidad, por tanto con maneras diversas de comprender su responsabilidad e integración social.

En un extremo se encuentran las empresas convencionales orientadas al lucro que, sin embargo, sostienen prácticas de RSE basadas en *“la convicción según la cual la gestión de la empresa no puede tener en cuenta únicamente el interés de sus propietarios, sino también el de todos los otros sujetos que contribuyen a la vida de la empresa: trabajadores, clientes, proveedores de los diversos elementos de producción, la comunidad de referencia”*. (CV, 40) *Caritas in Veritate* suscribe así el llamado ‘enfoque stakeholder’ de las finalidades de la empresa clásica.

Ello puede entenderse como una realización de la idea tradicional del pensamiento social católico, que se encuentra ya en Santo Tomás de Aquino, que los doctores de la Escolástica elaboraron en gran detalle hasta el siglo XVII, y que Benedicto XVI repite en un contexto, el de la crisis financiera global, donde conserva toda su relevancia: *“La ganancia es útil si, como medio, se orienta a un fin que le dé un sentido, tanto en el modo de adquirirla como de utilizarla. El objetivo exclusivo del beneficio, cuando es obtenido mal y sin el bien común como fin último, corre el riesgo de destruir riqueza y crear pobreza”*. (CV, 21)

En el otro extremo, se hallan las organizaciones sin fines de lucro cuya función específica es realizar alguna forma de solidaridad social o de caridad. Y entre esos dos

extremos, se encuentra el territorio de la iniciativa privada que más interesa a *Caritas in Veritate*: “En estos últimos decenios, ha ido surgiendo una amplia zona intermedia entre los dos tipos de empresas. Esa zona intermedia está compuesta por empresas tradicionales que, sin embargo, suscriben pactos de ayuda a países atrasados; por fundaciones promovidas por empresas concretas; por grupos de empresas que tienen objetivos de utilidad social; por el amplio mundo de agentes de la llamada economía civil y de comunión. No se trata sólo de un «tercer sector», sino de una nueva y amplia realidad compuesta, que implica al sector privado y público y que no excluye el beneficio, pero lo considera instrumento para objetivos humanos y sociales”. (CV, 46)

En esta materia, la Iglesia construye sobre una experiencia de no menos de un siglo de cooperativismo, cajas de ahorro, organizaciones de comercio justo, microempresas, formación profesional de jóvenes y adultos, y otras formas de economía social directamente creadas a partir de iniciativas pastorales o por organizaciones eclesiales.

Lo que más interesa a la encíclica no es una tipología de las diversas formas de la iniciativa privada, sino la dinámica de colaboración, aprendizaje e inspiración mutua que puede desarrollarse a partir precisamente de la variedad y las diferencias entre unos modelos y otros de organización económica, envolviendo también al sector público. Benedicto XVI espera de esa dinámica de interacción un efecto sobre el conjunto del sistema: “Es de desear que estas nuevas formas de empresa encuentren en todos los países también un marco jurídico y fiscal adecuado. Así, sin restar importancia y utilidad económica y social a las formas tradicionales de empresa, hacen evolucionar el sistema hacia una asunción más clara y plena de los deberes por parte de los agentes económicos. Y no sólo esto. La misma pluralidad de las formas institucionales de empresa es lo que promueve un mercado más cívico y al mismo tiempo más competitivo”. (CV, 46)

En este punto es clara la contribución de la moderna escuela italiana de la Economía Civil, liderada en este momento por Stefano Zamagni (U. Bologna) y Luigino Bruni (U. Milano Bicocca). Utilizando como referencia histórica al economista napolitano Antonio Genovesi (1713-1769: diez años más joven que Adam Smith)⁴ y otros autores de la Ilustración italiana, esta escuela ha contrapuesto a la utilidad clásica y neoclásica, dependiente en sustancia de la posesión de bienes, servicios y valores económicos *por el agente económico*, una idea de felicidad que incluye la calidad de las relaciones humanas y sociales *entre los agentes económicos*. Utilizando los datos disponibles de encuestas globales sobre la percepción subjetiva de felicidad, han mostrado que la hipótesis se sostiene: la riqueza relacional y no la material constituye la clave de la felicidad.

A partir de ahí, se preguntan por las diversas calidades relacionales que los mercados requieren o permiten. Desarrollan así la intuición de Genovesi de que el mercado puede constituir él mismo un lugar de desarrollo de formas diversas de recipro-

⁴ Las ediciones antiguas de los libros de Genovesi están en el dominio público, y pueden descargarse completas de Google Books. El más importante de ellos son las *Lezioni di economia civile* (1765).

cidad, más o menos inclinadas hacia la confianza e incluso hacia la benevolencia, que ponen las bases de una convivencia civil relacionamente rica⁵. La ética entra así en el núcleo de las relaciones económicas, no como una constricción exterior sino adentro de los objetivos mismos de la toma de decisiones de los agentes y de los mecanismos internos precisos para que el mercado funcione.

Esta clave teórica, confirmada por la presencia de Zamagni en el panel vaticano que presentó la encíclica, permite entender la novedad de *Caritas in Veritate* en materia de comprensión católica del mercado. Éste ya no es meramente del lugar social de realización de la libertad y la eficiencia, que necesita ser completado desde fuera, por el Estado para realizar la igualdad de la justicia y por el tercer sector para la realización de la fraternidad y la benevolencia, sino que puede encarnar él mismo, siquiera sea parcialmente, los valores de igualdad y fraternidad. Esa posibilidad depende precisamente de no reducirse a un solo principio de operación (el propio interés) y un solo tipo de organización (la empresa maximizadora de beneficios) sino de aceptar dentro de sí principios de operación diversos en las empresas, y tipos de empresas diversos, con distintos balances entre esos principios de operación.

Pluralidad dinámica e interactiva dentro del mercado es la primera clave de la propuesta de Benedicto XVI para la economía. Ella no sustituye, sin embargo, a la pluralidad social de instancias económicas que operan en relación con el mercado pero desde fuera de él. *Caritas in Veritate* pide, a este respecto, la recuperación de los roles tanto de las organizaciones de trabajadores y consumidores como de los Estados nacionales. De nuevo, en el nivel de cada sociedad, se trata de una pluralidad dinámica e interactiva, en que cada elemento no sólo interactúa con los demás en términos de poder, sino que es también capaz de colaboración y aprendizaje mutuo.

A las organizaciones de trabajadores se les pide no sólo que recuperen sus roles tradicionales sino también que amplíen la mirada: “*Sigue siendo válida la tradicional enseñanza de la Iglesia, que propone la distinción de papeles y funciones entre sindicato y política. Esta distinción permitirá a las organizaciones sindicales encontrar en la sociedad civil el ámbito más adecuado para su necesaria actuación en defensa y promoción del mundo del trabajo, sobre todo en favor de los trabajadores explotados y no representados, cuya amarga condición pasa desapercibida tantas veces ante los ojos distraídos de la sociedad*”. (CV, 68)

En cuanto al sector público, Benedicto XVI se niega a dar por muerto al Estado nacional en su rol de fomento de la solidaridad social y regulación de los mercados para evitar que se vuelvan contra el bien común: “*La sabiduría y la prudencia aconsejan no proclamar apresuradamente la desaparición del Estado. Con relación a la solución*

⁵ La derivación histórica a partir de Genovesi y la comparación con el pensamiento de Adam Smith puede encontrarse en Bruni (2006). Un tratamiento sistemático del rol de las diversas modalidades de reciprocidad en el mercado, usando el lenguaje de la teoría de juegos y herramientas tanto analíticas como de simulación se encuentra en Bruni (2008). Y una colección de trabajos históricos, sistemáticos y aplicados en la línea de la *Economía de la felicidad* puede leerse en Bruni & Porta (2006).

de la crisis actual, su papel parece destinado a crecer, recuperando muchas competencias. Hay naciones donde la construcción o reconstrucción del Estado sigue siendo un elemento clave para su desarrollo". (CV, 41)

La consideración del Estado facilita entrar en la segunda dirección de que hablábamos arriba: la que va de los agentes a la sociedad económica global, a través de los diversos niveles de agregación social. La globalización de los mercados nos pone en riesgo de que la expansión de las relaciones económicas no venga acompañada de una expansión correspondiente de la capacidad de la conciencia humana para orientarlas hacia el bien común. El pensamiento social de la Iglesia nunca ha compartido la idea liberal de que la ordenación de los mercados al interés general ocurre espontáneamente, por el arte de birlibirloque de la mano invisible de la mano invisible smithiana. En términos antropológicos: "El riesgo de nuestro tiempo es que la interdependencia de hecho entre los hombres y los pueblos no se corresponda con la interacción ética de la conciencia y el intelecto, de la que pueda resultar un desarrollo realmente humano". (CV, 9)

En términos políticos, los Estados nacionales han sido el instrumento histórico de la modernidad para intentar la reconciliación de los intereses privados con el interés general. Sin embargo, "en nuestra época, el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional, caracterizado también por una creciente movilidad de los capitales financieros y los medios de producción materiales e inmateriales. Este nuevo contexto ha modificado el poder político de los estados". (CV, 24)

El Estado nacional debe pues ser repensado. *Caritas in Veritate* propone dos direcciones para ello, consistentes con los principios fundamentales del pensamiento social católico: (i) desde abajo, por medio de su acercamiento a las poblaciones, su interacción con la sociedad civil y la participación ciudadana en él (CV, 24), que realiza la subsidiaridad; (ii) hacia arriba, por medio de la colaboración entre los Estados, la cooperación internacional y la reforma de las Naciones Unidas, con vistas a fortalecer la solidaridad a escala global.

En esta segunda dirección se encuentra una de las proposiciones más radicales de *Caritas in Veritate*, que difícilmente se hallará en boca de ninguno de los líderes de las naciones, grandes o pequeñas. Benedicto XVI pide alguna forma efectiva de ley, por tanto de Estado en sentido propio, de alcance global:

"Para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera Autoridad política mundial (...) Esta Autoridad deberá estar regulada por el derecho, atenerse de manera concreta a los principios de subsidiaridad y de solidaridad, estar ordenada a la realización del bien común, comprometerse en la realización de un auténtico desarrollo humano integral inspirado en los valores de la caridad en la verdad. Dicha Autoridad, ade-

más, deberá estar reconocida por todos, gozar de poder efectivo para garantizar a cada uno la seguridad, el cumplimiento de la justicia y el respeto de los derechos. Obviamente, debe tener la facultad de hacer respetar sus propias decisiones a las diversas partes, así como las medidas de coordinación adoptadas en los diferentes foros internacionales”. (CV, 67)

No es difícil justificar esta propuesta a partir de la experiencia histórica del siglo XX. Particularmente tras la Segunda Guerra Mundial, un número de países occidentales y algunos asiáticos alcanzaron un nivel considerable de integración entre sus mercados y el bien común a través de formas estatales variadas que fomentaban simultáneamente la libre empresa, la resolución negociada de los conflictos sociales, y, como consecuencia, distribuciones razonablemente equitativas del producto social acrecido, que permitieron el desarrollo social y la estabilidad política democrática. Una condición de posibilidad del éxito estructural de esas sociedades fue que el ámbito de la sociedad política coincidía en sustancia con el del mercado, haciendo a éste gobernable. La globalización de los mercados rompió esos equilibrios, volviendo transnacional a la sociedad económica y sus flujos de factores, productos e información.

El Papa no se plantea ni por un momento volver atrás. Su aprecio por la tradición no le hace un tradicionalista. El desafío que propone consiste en dotar a la conciencia humana de recursos institucionales precisos para constituir una sociedad política global, y así devolver la gobernabilidad a las fuerzas económicas. Esa gobernabilidad es, obviamente, imprescindible para que el diálogo sobre un proyecto moral para la vida económica en la sociedad global llegue a conclusiones prácticas, realizables.

La Iglesia conoce bien, sin embargo, los riesgos de la concentración de poder en el Estado, que podrían agudizarse en instituciones públicas de mandato universal con capacidad para imponer sus decisiones. Por eso indica Benedicto XVI: *“Para no abrir la puerta a un peligroso poder universal de tipo monocrático, el gobierno de la globalización debe ser de tipo subsidiario, articulado en múltiples niveles y planos diversos, que colaboren recíprocamente. La globalización necesita ciertamente una autoridad, en cuanto plantea el problema de la consecución de un bien común global; sin embargo, dicha autoridad deberá estar organizada de modo subsidiario y con división de poderes, tanto para no herir la libertad como para resultar concretamente eficaz”.* (CV, 57)

Y es además preciso que la solidaridad global no quede en las solas manos de los poderes públicos, nacionales o internacionales. A todos los demás agentes económicos y sociales, personas, empresas, organizaciones sin fines de lucro, sindicatos... Benedicto XVI les pide en lugares diversos de la encíclica que abran su horizonte de preocupación y acción hasta incluir la humanidad entera.

Así pues, el Papa está pensando de nuevo en una articulación plural y dinámica de poderes políticos y agentes sociales, desde la base ciudadana hasta la escala global, con múltiples niveles intermedios que incluyen a los Estados nacionales y a las organizaciones internacionales, pero también a empresas y organizaciones civiles. No

propone un diseño concreto para ello; no es su función. Pero señala una dirección ética y se ofrece a contribuir a la tarea con la fuerza moral de la Iglesia.

Este horizonte político, sin embargo, no debe ser tomado como la respuesta de la Iglesia a la cuestión ética de la economía global. Por el contrario, una vez que se ha hecho el recorrido desde las organizaciones económicas más pequeñas hasta la autoridad política mundial, es preciso recordar un mensaje varias veces repetido en la encíclica: *“las instituciones por sí solas no bastan, porque el desarrollo humano integral es ante todo vocación y, por tanto, comporta que se asuman libre y solidariamente responsabilidades por parte de todos”*. (CV, 11)

La iniciativa última queda entonces en el campo de cada persona, trabajador, empresario, consumidor, ciudadano, gobernante. Cada cual debe comprenderse a sí mismo como sujeto moral precisamente en cuanto agente económico y político, no fuera ni después de su actividad en el mercado o en las instituciones. Consistente con su misión de Pastor Universal, Benedicto XVI llama a todos a asumir esa subjetividad activa y a desencadenar, guiados por la inteligencia que busca la verdad sobre el bien adecuado a la persona y la sociedad humana, y movidos por el amor, dinámicas económicas y políticas que corrijan lo inhumano de la globalización en curso.

Al fin, la encíclica apunta a la construcción de una ‘Ciudad del Hombre’ global que prefigure la ‘Ciudad de Dios’ venidera que nos ha sido prometida en la Revelación. La clave de esa construcción no es técnica sino ética, y no se dirige sólo a los poderosos sino a cada cristiano y a cada persona de buena voluntad: *“Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como pólis, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la pólis”*. (CV, 7)

VII. Conclusión: desfragmentar de raíz la sociedad económica global

Al inicio de *Caritas in Veritate* se encuentra la siguiente proposición, que expresa la autoconciencia desde que la que se propone la carta: *“Abierta a la verdad, de cualquier saber que provenga, la doctrina social de la Iglesia la acoge, recompone en unidad los fragmentos en que a menudo la encuentra, y se hace su portadora en la vida concreta siempre nueva de la sociedad de los hombres y los pueblos.”* (CV, 9).

La idea de recomponer los fragmentos recibidos constituye una melodía de fondo de toda la encíclica. Se trata de unir lo que ha sido separado y aislado en los procesos sociales e ideológicos de la modernidad, de manera que las diferencias alimenten la integración de lo plural en una unidad humanizadora, en vez de imposibilitarla. Benedicto XVI propone así recrear tejidos dinámicos de interacciones en múltiples

niveles: entre el amor y la verdad en la constitución última de la persona; entre la ética y la economía en la actividad de los agentes; entre formas organizacionales y empresariales diversas, privadas y públicas, en la cooperación económica; entre la economía y la política, en el gobierno de las poderosas fuerzas de la modernidad; entre las escalas diversas de agregación social, de las relaciones interpersonales a las estructuras globales; entre la generación actual y las futuras en el cuidado del medioambiente.

Esa tarea de recomposición se encuentra en el núcleo del proyecto moral para la sociedad contemporánea que Benedicto XVI propone en *Caritas in Veritate*. Desde principios sólidos y cumplidamente expuestos, la denuncia de las inhumanidades y los peligros del actual estado de cosas no lleva al Papa ni a la parálisis de la desesperanza ni a concluir en un modelo acabado, un mapa ideológico para la autosalvación humana. Lo que nos ofrece es más bien una serie de líneas abiertas acerca de cómo podrían enriquecerse desde la conciencia moral tanto las dinámicas económicas como las políticas entrelazadas con ellas. Se trata de una conciencia esencialmente abierta, por un lado a la verdad que se encuentra en la escucha, por otro lado al amor que se da y recibe en la reciprocidad por la Gracia de Dios. El empeño de no simplificar la complejidad de la sociedad global se sostiene a lo largo del texto. Por ello, la imagen esbozada de un orden económico más humanizador se caracteriza por una mayor y no menor pluralidad de formas e instancias sociales de acción económica y política, por la recuperación y el saneamiento moral de las existentes, y por la proposición de interacciones de mayor densidad y calidad entre todas ellas. Sin duda, un programa tanto intelectual como práctico que abre el juego para pensar más en concreto cómo puede contribuir cada cual al desarrollo de todos.

Bibliografía

- ARISTOTLE y R. CRISP (2000). *Nicomachean ethics*. Cambridge, U.K. ; New York, Cambridge University Press.
- BENEDICTO XVI (2009). *Caritas in Veritate*. En: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html
- BRUNI, L. (2006). *Civil happiness : economics and human flourishing in historical perspective*. London ; New York, NY, Routledge.
- BRUNI, L. (2008). *Reciprocity, altruism and the civil society : in praise of heterogeneity*. New York, Routledge.
- BRUNI, L. y P. L. PORTA (2006). *Handbook on the economics of happiness*. Cheltenham, UK ; Northampton, MA, Edward Elgar.
- BRUNI, L. y S. ZAMAGNI (2004). *Economia civile : efficienza, equità, felicità pubblica*. Bologna, Il Mulino.

- GONZÁLEZ FABRE, R. (1998). *Justicia en el mercado : la fundamentación de la ética del mercado según Francisco de Vitoria*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- GONZÁLEZ FABRE, R. (2005). *Ética y economía : una ética para economistas y entendidos en economía*. Bilbao, Desclée de Brouwer.
- PAULO VI (1967). *Populorum Progressio*. En: http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum_sp.html
- TOMÁS DE AQUINO, S., Á. MARTÍNEZ, et al. (2006). *Suma de teología*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

